



Me llamo Fran y comparto con mis tres mejores amigos la afición por las historietas de detectives. Juntos formamos un equipo estupendo, aunque tenemos nuestras diferencias. Por ejemplo, Mati y Wen casi siempre están de buen humor y no se aburren nunca porque saben divertirse con cualquier cosa. Gomo y yo, en cambio, casi nunca sabemos qué hacer sin nuestras historietas de crímenes y misterios. Sin ellas Gomo siempre está a un paso de aburrirse como una ostra. Y cuando Gomo se aburre, o se queda frito o acaba con cara de pánfilo y sacándose diamantes verdes de la napia.

Cuando leemos nuestras historietas de detectives siempre intentamos resolver los casos antes de llegar al final. Nuestro profe de Lengua nos dice que esa es una buena manera de mantener el coco sano y despierto.



El famoso detective Sherlock Holmes es nuestro maestro en el «arte de la deducción». Claro, que él



es un genio y nosotros, unos simples aficionados. Pero ya hicimos nuestros pinitos como detectives.



Resolvimos un caso de robo en un torneo benéfico de fútbol. Desde entonces, en el cole y en San Telmo, nuestro pueblo, somos muy conocidos. Nos llaman los Sherlocks. Y nos hemos hecho inseparables.

Juntos vamos a todas partes y nos saludan allá por donde pasamos. Por eso tenemos permiso de nuestros padres para movernos con cierta libertad por San Telmo.

Claro que casi nunca salimos del vecindario, y si lo hacemos es para dar una vuelta por el polideportivo, que está muy cerca. Normalmente, siempre hay peña jugando al fútbol en los grandes solares que lo rodean. Si no, todo se ve desierto. A veces pienso que si no fuera por el polideportivo podría parecer que el mundo se acaba allí mismo. Por eso, la llegada de una feria de atracciones ambulante resultó tan espectacular. Un sábado, por la mañana, una caravana de camiones y camionetas apareció por el pueblo, y el domingo los solares cercanos al polideportivo aparecieron cubiertos de carpas circenses de mil colores.



–Es una feria sorprendente, Fran; como de otra época –comentó mi padre durante el desayuno.

Y tenía razón.

Aquella misma tarde, cuando me reuní con Gomo, Mati y Wen, decidimos echarle un vistazo. Como nosotros, mucha gente se había dejado arrastrar por la curiosidad. Cuando llegamos a la feria nos quedamos pasmados. Fue como si hubiésemos atravesado un túnel del tiempo. Había carpas de colores por todas partes. Carteles viejos y pintados a mano mostraban dibujos de los espectáculos que se representaban dentro; feriantes con organillos antiguos hacían rodar unas manivelas para mantener un ambiente musical; y sobre algunas tarimas, hombretones de largos bigotes con levitas y sombreros de copa animaban a la gente a descubrir al gigante más alto del mundo, o al más fuerte de los colosos, o al faquir que tragaba puñales y escupía fuego.

–¡Pasen y vean! –gritaban a través de megáfonos de latón–. ¡La maravilla de las maravillas! ¡La mujer sirena!

¡El lanzador de cuchillos!





¡Los monos trapecistas!

¡Los perros danzarines!

–Es una feria muy friki –comentó Mati.

–Mi padre dice que es una imitación de las ferias antiguas –dije, por decir.

–¿Antiguas, Fran... o prehistóricas? –rio Wen. Todos reímos. Pero lo cierto es que a todo el mundo parecía entusiasmarle.

–¿Volvemos al siglo XXI? –propuse mientras un organillo cercano no dejaba de taladrarnos los tímpanos.

Fue entonces cuando, a la salida, nos cruzamos con Arturo, Héctor y Blas, amigos y compis del Colegio Lope de Vega, al que íbamos todos. Los tres eran grandes deportistas. Unos *cracks*, vaya. Practicaban el balonmano. Soñaban con formar un equipo invencible que despertase el interés de los entrenadores profesionales. La verdad es que disfrutaban tanto con el balonmano como nosotros con nuestras historietas de detectives. Y entrenaban mucho. Sabían que debían hacerlo si querían alcanzar su objetivo, aunque eso les impidiese dedicarse a otras cosas.

–¡Hola, Sherlocks! –nos saludaron.

Llevaban sus bolsas de deporte colgando. Venían de entrenar, claro.

–El polideportivo está allá –les dijimos de broma, aunque un tanto sorprendidos por su presencia en la feria.

–Solo hemos venido a dar una vuelta –comentó Arturo.

–¿Qué habéis visto? –preguntó Héctor mirando por encima de nuestros hombros.

–Hemos visto cómo eran las ferias hace mil años –le respondió Wen.

–Yo quiero entrar en una de esas carpas –dijo Blas. Blas era el portero del futuro equipo. No quería ser otra cosa.

–¡Puaf! Pues yo vuelvo a estar seco –murmuró Héctor chasqueando la lengua–. Necesito agua.

Había tenderetes por todas partes con golosinas, cacahuetes, mazorcas asadas de maíz,





La feria friki



algodón de azúcar, palomitas y, por supuesto, botellines de agua.

—¿Cómo va el equipo? —pregunté, por preguntar—. ¿Todavía sois tres?

—Sí —contestó Arturo—, pero pronto seremos más, seguro.

La respuesta sonó enérgica. Sin duda, nuestros amigos conservaban la esperanza de poder formar algún día un buen equipo.

Claro que primero tenían que contar con compañeros con su mismo espíritu de sacrificio. Porque, más allá de la pura diversión, no todo el mundo estaba dispuesto a cumplir con la disciplina que exigía la práctica de un deporte. Arturo, Héctor y Blas eran conscientes de ello. Sin embargo, era cuestión de horas que un suceso sorprendente amenazara con arruinar sus planes y diera con los huesos de Blas en un no menos sorprendente arresto domiciliario.





–Los padres de Blas no se lo perdonarán –comentó Gomo cuando nos enteramos.

–Lo castigarán sin salir de casa –dijo Mati.

–Será como un prisionero en una cárcel –añadió Wen.

Para entendernos, en unas horas, Blas, el portero del equipo que nuestros amigos querían formar, iba a ser condenado a cadena perpetua, a prisión incondicional; a no ver el sol más que de casa al cole y del cole a casa, y eso si las nubes no lo impedían. «¡Ni tele, ni amigos ni nada!», sentenciaron los jueces, es decir, sus padres.

Cuando nos despedimos en la feria nadie podía sospecharlo, pero, mientras se dejaban sorprender entre carpas y organillos, Arturo, Héctor y Blas estaban cavando paso a paso su propia tumba. Muy pronto, en su equipo de balonmano no serían más, como había dicho Arturo, sino uno menos. Blas iba a recibir el castigo de su vida, y sin negociación posible.





2 Un portero bajo sospecha

Al día siguiente, en el cole, un tipo de aspecto estrambótico apareció a la hora del recreo. Tenía unos bigotes tiesos y enrollados, el cabello engominado, y vestía una chaqueta a cuadros amarillos y verdes. De camuflaje, precisamente, como que no iba vestido. Todos nos acordamos de la feria de atracciones cuando lo vimos. Y todos nos preguntamos qué habría venido a hacer a nuestro cole cuando, tras pasar por secretaría, Santiago, el director, lo recibió en su despacho.





El tipo era el dueño de la feria. Se hacía llamar Rufus III, y poco después de verlo entrar en el despacho del director nos faltó tiempo para sospechar que algo se cocía.

–A lo mejor ha venido a regalar entradas –dijo Marcos, un compi que siempre suelta lo primero que se le pasa por la cabeza.

El director no tardó en salir; mandó que llamasen a Blas, el mismo Blas que vimos en la feria con Arturo y Héctor; y, tras una llamada telefónica, la madre de Blas se presentó visiblemente preocupada en el centro. Cuando Blas volvió al aula tras el recreo, con la clase de mates ya empezada, todavía gimoteaba y se secaba las lágrimas con las mangas de la camisa.

Al finalizar la clase todos nos lanzamos a su mesa.

–¿Qué ha pasado? –le preguntamos.

Blas no tenía ni idea, pero habló de un robo en la feria ambulante.

–El robo de unos sables –aclaró.

–¿De unos sables?

–Los sables de un faquir, el faquir Ransum. El faquir encontró mi llavero de balonmano junto al baúl en el que guardaba sus sables. Debí de perderlo en alguna parte. Pero los sables habían desaparecido y se lo dijo a su jefe. Es ese que ha venido.

